HOMENAJE REALIZADO POR EL MINISTERIO DE SALUD PÚBLICA A LOS Dres. DOMINGO PRAT Y JOSE IRAOLA

Dr. Juan C. del Campo

La Sociedad de Cirugía respondiendo a una invitación del Ministerio de Salud Pública me ha designado para hacer uso de la palabra en este acto en homenaje de los excirujanos de guardia del Hospital Maciel Dres. Domingo Prat y José Iraola, designación que he aceptado gustosamente por tratarse de quienes se trata y por ser tarea fácil, de poca responsabilidad, ya que puedo esfumarme dejando correr una simple y verídica declaración, como testigo de hecho que fui.

En los alrededores del 20 el Hospital Maciel concentraba y representaba la máxima parte de la actividad médica del país, en sus aspectos asistencial, docente y científico.

Aquellos que después de haber sido estudiantes, volvían a él como practicantes internos, podían apreciar el doble aspecto de su actividad. Por una parte, de mañana, el trabajo en Sala, tranquilo; previsto, preparado, centrado por el problema diagnóstico que era lo más y condicionaba todo y dominado por lo tanto por la figura máxima del Profesor de Clínica que con conocimiento y experiencia, dictaminaba, inculcando saber y eximiendo de responsabilidad. Por otra parte la Puerta, la Guardia, con la irregularidad del trabajo, ambientando ocios fáciles de llenar en la juventud, y esfuerzos máximos, en lo inesperado de una afluencia o en lo inopinado de una situación quirúrgica, para cuya solución se disponía de un tiempo limitado, frecuentemente angustioso.

Ir al fondo de las cosas para actuar, o actuar en base a un dato, a una línea de conducta buscando la verdad y haciendo la terapéutica al mismo tiempo.

Era la época de la clínica soberana, del valor duradero de la experiencia, ayudadas solo por una incipiente radiología, por

un laboratorio reducido, por medios auxiliares de excepción, ya que la transfusión de sangre era en ese entonces hazaña, para quien la hacía, para quien donaba la sangre y hasta para el enfermo.

De mañana el "qué es lo que tiene" dominaba, con el temido peso del error de diagnóstico, sobre todo para aquellos profesores que aspiraban por supervaloración personal, por halagos de discípulos y pacientes al título fácilmente acordado de genio.

De tarde el "que es lo que hay que hacer" era la divisa; de ahí la acción franca, decidida, honesta, sin miedo al error de diagnóstico, inocultable, confesado y reparado en lo posible, que era el precio de otras vidas salvadas y fuente emocional y científica de conocimiento y conductas futuras.

Escuela de carácter, viril, que no admitía dimisiones.

Allí se empezó y allí terminó más de una carrera. Un día alguien que creyó poder ser cirujano pidió para actuar al lado de uno de ellos. Entra una hernia estrangulada. Opérela, dice el cirujano de guardia. No me atrevo, dice el aspirante. El cirujano mira a los practicantes y le dice a uno de ellos. Ayúdelo y diríjalo. Carrera terminada.

Pero ese clima de trabajo firme y decidido, tenso por momentos, dejaba en los intervalos entre dos operaciones o en las sobremesas, sitio para intercambio en que los jefes de la Guardia volcaban enseñanzas, consejos y todo el anecdotario copioso, médico y no médico, contable o confidencial, de quienes vivían la vida intensamente.

Y no estaba excluida la ternura. Don Ricardo, portero de noche, subía a las 10 y media a servir el té a Don Domingo Prat, ya crecido, y volvía media hora después, maternalmente, a entornar los postigos y apagar la luz.

Y quién de nuestros tiempos no recuerda las quejumbrosas preocupaciones de Domingo Domínguez, empleado del cuarto de médico y hombre de confianza de ellos, ante el casamiento de Iraola?

Anécdotas podríamos narrar a centenares pero su exacto valor sólo lo tienen en el medio reducido de aquellos para los cuales es rememoración y en el tono suave de las confidencias que no es el de este acto.

Esta descripción es para nosotros el primer y gran elogio que hacemos a Domingo Prat y a José Iraola.

Porque el alma de las cosas supone siempre detrás un alma humana.

Cuando hablamos de los tiempos alegres de la niñez, hacemos el elogio indirecto de nuestros padres sin cuya tutela no habría niñez alegre.

Cuando refiriéndonos a nuestra época de practicantes decimos "en mis tiempos" hablamos como cuando refiriéndonos a las casas de nuestros padres decimos "en mi casa" revelando en el uso indebido del posesivo la presencia de quienes tomaban para sí preocupaciones y responsabilidades y dejaban formarse en nosotros, en un ambiente de libertad, el sentido del deber.

A ellos pues la emoción del recuerdo.

Los homenajeados de hoy integraban con Garibaldi Devincenzi y Manuel Albo un conjunto célebre.

Las normas de la cirugía de urgencia para todas las actividades, hospitalarias, mutuales y privadas partían del Hospital Maciel.

Y era credo en aquella época que no era posible llegar a ser cirujano sin pasar por esa escuela que ellos, al margen de la Facultad, habían constituido.

Cada uno marcó su actuación con los rasgos salientes de su personalidad.

Garibaldi Devincenzi, inteligente, criterioso, que inició su práctica de cirujano en el primer año de carrera era al recibirse cirujano hecho e iniciador de cirujanos. Y en los intervalos en que una salud gastada permitían concretar estudios y experiencia, salían de su pluma artículos que eran un modelo.

Manuel Albo, de recia figura que cubría las injusticias de un destino que lo castigó en su físico, en su corazón de joven y hasta en su habilidísima mano, manejaba maravillosamente el bisturí al amparo de un conocimiento anatómico perfecto que le abría todos los caminos.

José Iraola era el artista. Sus operaciones, sencillas, realizadas sin esfuerzo aparente, eran de una belleza que subyugaba. Su despreocupación señorial por las pequeñeces de la vida diaria eran un ejemplo para los que se amargaban por lo que hacían los demás.

Domingo Prat fue el maestro. Nunca trabajó para él ni para el público. Lo hizo siempre para el enfermo y para el discípulo a quien llevaba de la mano e impulsaba, encarando el presente y el futuro. Gran clínico, técnico exímio y trabajador infatigable, deja una documentación insuperable en historias y trabajos.

Esa escuela de cirugía de urgencia tuvo en los albores de nuestra Sociedad de Cirugía una participación primordial. La importancia de los problemas que se resolvían en ella, la canalización del esfuerzo sumando los casos y haciendo una experiencia, unidos a la jerarquía de quienes la dirigían permitieron llenar sesiones de la Sociedad de Cirugía con trabajos de real valor que fueron su principal sostén.

Ese campo de acción, dignificado por los homenajeados de hoy era la aspiración máxima de quienes aspirábamos a ser algo. Y ese cuarto del médico de guardia con su embrujo, con sus grandes ventanales abiertos a la ciudad y al mar era residencia ambicionada para nuestro futuro.

¡Qué emoción el día que un reemplazo ocasional nos permitía ocupar, aunque solo fuera una hora, el sitio dejado por ellos!

Antes de ellos hubo cirugía de guardia, pero actuaciones cortas, en base a otras actividades, a vocaciones no definidas y una vida tronchada en juventud, la de José Mondino, con cuyo nombre fue designado al Servicio, hacen que la guardia del Maciel parezca haber nacido con ellos.

El cuarteto famoso terminó en parte por ser llamado a otro destino y en parte por nuevas y equivocadas reglamentaciones en 1933.

Otras condiciones presiden actualmente la cirugía de urgencia que ya no es tan apremiante y que ya no es tan personal. Y las hazañas de ayer, como pasa siempre en cirugía, son ahora casos de rutina.

Pero el recuerdo de aquellos 20 años de actuación y de los nombres vinculados a ella perduran con la nitidez de las realizaciones perfectas, en las que Domingo Prat y José Iraola superaban los problemas superándose a sí mismos y dando, en la exposición contagiosa del más noble de los esfuerzos uno de los más grandes impulsos que ha tenido la cirugía de nuestro país.

El destino cortó prematuramente las vidas de Manuel Albo y de Garibaldi Devincenzi.

Físicos de excepción y lucidez mental le permiten a Domingo Prat y José Iraola recibir íntegros el homenaje de hoy.

Debe haber sido muy duro para ellos que llegaron a cumbres tan altas el abandono total o parcial de la cirugía.

En el cirujano vida, presencia y palabra se afirman al unísono con el temple del bisturí y éste se mantiene a impulsos que los años van mellando.

Pero cuando se puede mirar hacia atrás, sin dolor, ¡qué hermoso debe ser, entornando los ojos, verse en medio de una obra imperecedera!

Señores: Frente a los padres llega un momento en que, invertidos los roles, se pide al destino dé tiempo para redimir en protección, afecto y acompañamiento todo lo que se siente que se debe.

Este acto forma parte de un propósito similar.

Allá las Instituciones y las generaciones que pretenden afirmarse a sí mismas negando los lazos que las unen a las que les precedieron.

La Sociedad de Cirugía, al igual que el Ministerio de Salud Pública, se siente honrada al vincular su vida y su obra a la vida y obra de Domingo Prat y de José Iraola.